



Celebrar la Eucaristía a lo largo de la semana: implicaciones de la Eucaristía en la misión de la Iglesia en el mundo

Por el padre maryknoll Edward M. Dougherty, Superior General

Introducción

Nosotros los católicos pensamos, de alguna manera, que la Sagrada Eucaristía es algo a lo que vamos y de donde regresamos. Salimos del mundo, vamos a la iglesia, abrimos la puerta, entramos, nos quedamos, rezamos y después, *regresamos* al mundo del que vinimos. No hay nada malo en absoluto en pensar de esta manera. El mismo Jesús se marchó del mundo y se fue a la montaña, rezó y después regresó al mundo, trayendo consigo lo que había escuchado del padre. Nos dejó un modelo de “ir a la montaña”, a la cumbre. Como nos enseña la Iglesia, la Eucaristía es “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (Concilio Vaticano Segundo, *Lumen Gentium*, no.11, http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html). Vamos y subimos a esta cumbre y después traemos al mundo lo que hemos recibido allí. Vamos a Dios y a continuación salimos en misión a los demás. En este breve ensayo sugeriré formas de llevar de regreso al mundo de una manera y con un espíritu misioneros aquello que recibimos en esta “cumbre”.

La misión de la Iglesia

Tenemos que preguntarnos: “¿Cuál es exactamente la misión de la Iglesia?”. A veces parece como si la Iglesia tuviera muchas misiones: la misión de sanar, de aliviar la pobreza, de reconciliar a grupos, de ser profética y muchas otras. Pero los Evangelios nos presentan una misión preeminente, que se entiende como el gran mandato misionero de Cristo a sus discípulos: “Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado; y sepan que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28:19-20). Y Cristo parece estar haciendo que su promesa de *estar con nosotros* esté supeditada a nuestro *ir en misión*; así de importante es la misión.

El Papar Benedicto XVI presentó esta idea sucintamente en su mensaje para la jornada mundial de las misiones en 2009 cuando dijo que el “objetivo de la misión de la Iglesia es en efecto iluminar con la luz del Evangelio a todos los pueblos” (http://www.vatican.va/holy_father/be

[nedict_xvi/messages/missions/documents/hf_ben-xvi_mes_20090629_world-mission-day-2009_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/missions/documents/hf_ben-xvi_mes_20090629_world-mission-day-2009_sp.html)) Por ello, tenemos muchas actividades pero una sola misión general: que los pueblos puedan ver la luz del Evangelio y, al verla, lleguen a creer y ser bautizados. Esta luz no es alguna enseñanza abstracta, sino la “luz del mundo” misma, Jesucristo.

La Sagrada Eucaristía como maestro de misión

Habiendo comprendido la esencia de lo que queremos decir con “la misión de la Iglesia”, ahora nos preguntamos cómo la realidad de la Sagrada Eucaristía afecta su misión. ¿Cómo puede ser la Eucaristía la fuente de nuestra misión? ¿Cómo nos forma Cristo, presente en la Eucaristía, en misioneros? ¿Cómo enseñamos a los demás a hacerse más misioneros en la fe mediante la Eucaristía?

En esto nos ayuda el Papa Benedicto XVI con su exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis* sobre la Eucaristía, fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia (http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/apost_exhortations/documents/hf_ben-xvi_exh_20070222_sacramentum-caritatis_sp.html), fruto de sus reflexiones con el Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía. Las primeras palabras del título nos recuerdan “misión” ya que se traducen en “Sacramento de la caridad”.

En la carta misma el Santo Padre nos presenta una guía para cómo participar plenamente —cuerpo, mente y alma—

en la sagrada liturgia. ¿Cómo aprende uno a hacer esto? Ante todo, la Misa misma nos enseña. Como dice el Papa en su carta: “la mejor catequesis sobre la Eucaristía es la Eucaristía misma bien celebrada” (*Sacramentum Caritatis*, no.64).

La Santa Eucaristía que celebramos cada semana lleva consigo elementos que nos recuerdan cómo ser misioneros para con nuestros hermanos y hermanas. Demos un vistazo misionero al Santo Sacrificio, una “exégesis misionera” de nuestra liturgia, según sus principales partes.

Ritos Iniciales

La Santa Misa comienza con la señal de la cruz, declarando que todo va a tener lugar en nombre de la Santísima Trinidad. Nuestro Dios Triuno nos recuerda que nosotros, como Iglesia, nacemos para ser enviados en misión. Como escribió el Concilio Vaticano Segundo: La Iglesia en la tierra “es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre” (*Ad Gentes*: sobre la actividad misionera de la Iglesia, en www.vatican.va, no.2). El Hijo fue enviado de la derecha del Padre a la tierra. Aquel, a su vez, con el Padre, envía al Espíritu Santo sobre la Iglesia y el mundo. Como Cristo es un misionero, nosotros los cristianos también debemos ser misioneros, individualmente y como Iglesia.

La liturgia continúa con el sacerdote expresando el deseo y la oración de que la presencia de Dios esté con todos aquellos que están ante él diciendo a la

asamblea: “El Señor esté con ustedes”. Esto es también un saludo misionero, que el Señor vaya a la asamblea y después al mundo.

La Misa continúa con un sentimiento de contrición, con todos admitiendo humildemente que no han sido quienes deberían haber sido. Un misionero exitoso es un misionero humilde. Como dijo el Papa Juan Pablo II, el mundo desea “testigos más que maestros”. Somos testigos humildes de que, los bautizados, tienen la misma necesidad de lo que proclamamos que aquellos que escuchan la proclamación. En la primera Eucaristía tuvo lugar “el gesto de infinita humildad de Jesús: antes de morir por nosotros en la cruz, ciñéndose una toalla, lava los pies a sus discípulos” (*Sacramentum Caritatis*, no.1).

En mi obra misionera en África, y en mis viajes como general superior de muchos de nuestros misioneros por todo el mundo, me sorprende una y otra vez cómo es que nuestras comunidades misioneras más sencillas y humildes son las que atraen a la gente. Otras veces es cuando la pobreza o la enfermedad ha hecho a las personas humildes que estas ven por primera vez a Cristo sufriendo con ellas en la cruz y es entonces cuando se sienten atraídas por la Iglesia.

La Liturgia de la Palabra

En esta parte de la Misa recordamos que nuestra fe no es una creencia abstracta, sino más bien es la verdad basada en la Revelación divina. La Liturgia de la Palabra narra la historia de Dios, la misma historia que nosotros,

como misioneros, contamos a los demás. A lo largo de los domingos del año, y mediante los tres ciclos de lecturas bíblicas, vemos que existe una rica variedad de cómo Dios es revelado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Esta variedad nos ayuda en nuestros intentos misioneros de ser “todo a todos”, como dice San Pablo. A medida que conocemos mejor las Escrituras somos capaces de acordarnos más a menudo de ayudar a los demás.

Vemos también que toda esta parte de la Misa consiste en la *proclamación*, la cual es elemento esencial de toda obra misionera. Y antes de que el sacerdote *proclame* el Evangelio, dice de nuevo: “El Señor esté con ustedes”. Como escuchamos en Romanos 10, ¿Cómo puede la gente ser salvada por el Evangelio si no hay nadie que se lo proclame?

La homilía del sacerdote es una fuente de instrucción sobre lo que hay que compartir con los demás y también nos puede dar ideas de cómo compartir estas verdades. Si un sacerdote predica desde su corazón entonces anima a las personas a hacer lo mismo. En su encíclica sobre el mandato misionero, *Redemptoris Missio*, el Papa Juan Pablo escribió: “El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías” (no.42, http://www.vatican.va/edocs/ESL0040/_P7.HTM). Cuantas veces he escuchado a mi gente en las misiones traducir lo que escucharon en el Evangelio, o en la homilía, en sus propios dialectos o expresiones para así

poder enseñar mejor a sus amigos acerca de lo que es esta fe católica. A decir verdad, después de la Santa Misa, a veces escucho por primera vez el significado del Evangelio cuando las personas se lo explican mutuamente de nuevas maneras.

La *proclamación* misionera del Evangelio en la Misa lleva a su proclamación misionera por parte del pueblo a otras personas.

La Liturgia de la Eucaristía

En nuestras intercesiones por el mundo, y después en la presentación de los dones, recordamos que estamos ofreciendo un mundo que necesita ser transformado por la proclamación y por el Santo Sacrificio mismo.

El sacerdote, al comenzar el Prefacio, dice de nuevo: “El Señor esté con ustedes”. Y pronto el Señor mismo estará con la asamblea de una manera totalmente única. Haciendo eco de las palabras del Concilio de Trento, el *Catecismo* afirma: “En el Santísimo Sacramento de la Eucaristía están ‘contenidos *verdadera, real y substancialmente* el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, *Cristo entero*” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, segunda edición [© 2001, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C.] [CIC], no.1374).

¿Qué palabras podría añadir yo para glorificar y explicar más

adecuadamente la real y verdadera presencia de Cristo en la Misa?

No hay nada que pueda decir. En las últimas dos décadas la práctica de la bendición y adoración eucarísticas han sido reavivadas en la Iglesia. He notado, especialmente en los conversos recientes, un gozo nuevo cuando se dan cuenta de lo que es exactamente la Eucaristía, porque dedicamos tiempo “extra” a adorar la presencia real de Cristo fuera de la Misa. No es que haya visto grandes números de personas atraídas a la adoración eucarística, pero sí he notado que quienes participan en ella desarrollan una fe mucho más profunda. También, al no existir en la adoración una distinción entre los fieles y los visitantes, es una oportunidad para los católicos de pedir a sus amigos no cristianos a que participen plenamente. Lo mismo es verdad con la recitación comunitaria del Rosario.

Rito de Conclusión

Aquellos de ustedes que ya están estudiando o usando la nueva traducción al inglés de la Misa puede que hayan descubierto, como me ha sucedido a mí, que el Papa Benedicto XVI ha hecho las palabras de conclusión más *misioneras*. El sacerdote (o el diacono, de estar presente) ahora tiene cuatro maneras diferentes de enviar al pueblo en su caminar tras la bendición final:

1. “Go forth, the Mass is ended” [Vayan, la Misa ha terminado]
2. “Go and announce the Gospel of the Lord” [Vayan y anuncien el Evangelio del Señor]

3. "Go in peace, glorifying the Lord by your life" [Vayan en paz, dando Gloria al Señor con sus vidas]
4. "Go in peace" [Vayan en paz]

La segunda opción, que Benedicto XVI insertó personalmente en el texto, nos hace de hecho misioneros: "Vayan y anuncien el Evangelio del Señor" [v.d.t.]. El sacerdote está mandando al pueblo, al terminar la Misa, a marcharse y ser *misioneros*. Y el pueblo responde a este mandato diciendo: "Demos gracias a Dios", como si estuvieran respondiendo junto con Isaías con las palabras del profeta: "Aquí estoy, Señor, envíame" (Isa 6:8).

Conclusión

El punto principal que he estado intentando comunicar es que la Santa Misa no es algo dirigido sólo a nuestro interior. La fe católica es misionera por su propia naturaleza y esta naturaleza está en el corazón de la sagrada liturgia.

Pues mientras nos lleva hacia el interior para una comunión más plena con Cristo y con los demás en su Cuerpo, también nos prepara para entonces ir más allá de nosotros mismos e invitar a otras personas a que se adentren en el Cuerpo.

En conclusión, ya que hemos hablado aquí de la liturgia, me gustaría terminar con una oración. Como miembro de una sociedad misionera dedicada a nuestra Señora, dejaré que una petición de nuestro Santo Padre nos anime a seguir adelante:

Que el Espíritu Santo, por intercesión de la Santísima Virgen María, encienda en nosotros el mismo ardor que sintieron los discípulos de Emaús (cf. *Lc24,13-35*), y renueve en nuestra vida el asombro eucarístico por el resplandor y la belleza que brillan en el rito litúrgico, signo eficaz de la belleza infinita propia del misterio santo de Dios. (*Sacramentum Caritatis*, no.97).

Copyright © 2011, Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, Washington , D.C. Todos los derechos reservados. Se permite la reproducción de esta obra sin adaptación alguna para uso no comercial.

Los textos de la Sagrada Escritura han sido tomados del Leccionario © 1976, 1985, 1987, 1992, 1993, 2004, Conferencia Episcopal Mexicana; y de la Nueva Biblia de Jerusalén © 1998 Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Bilbao.

Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica, segunda edición, © 2001, han sido extraídas de la página Web oficial del Vaticano. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas de los documentos del Concilio Vaticano II han sido extraídas de la página Web oficial del Vaticano. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Citas del Papa Benedicto XVI, "Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la Jornada Mundial de las Misiones 2009", copyright © 2009, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano; "Sacramentum Caritas", copyright © 2007, LEV. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Citas del Papa Juan Pablo II, "Redemptoris Missio", copyright © 1990, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Citas del Misal Romano © 1975, 2003, Conferencia Episcopal Mexicana. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Citas de The Roman Missal © 2010, ICEL. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.